ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL PRINCIPIO SEPTENARIO EN EL ESOTERISMO

Desde el día en que principió á exponerse la doctrina Arhat esotérica, muchos de aquellos que ignoraban la base oculta de la filosofía inda, imaginaron que entre ambas había divergencia. Algunos, entre los más fanáticos, acusaron abiertamente á los ocultistas de la Sociedad Teosófica de propagar la herejía buddhista más caracterizada, y hasta llegaron á afirmar que en su totalidad no era otra cosa el movimiento teosófico sino una propaganda buddhista disfrazada. Brahmanes ignorantes y sabios europeos dijeron que nuestras divisiones septenarias de la Naturaleza y de todo lo contenido en ella, incluso el hombre, eran arbitrarias, y que los sistemas religiosos más antiguos del Oriente no las confirmaban.

Nos proponemos ahora consultar brevemente los Vedas, los Upanishads, los libros de la Ley de Manú, y particularmente la Vedânta, á fin de demostrar que todos estos apoyan nuestra creencia. Aun en su exoterismo vulgar aparece claramente la afirmación de la división septenaria. Pasaje tras pasaje podía citarse como prueba de ello, y no sólo puede leerse el misterioso número en cada página de las más antiguas Escrituras Sagradas arias, sino también en los libros más antiguos del zoroastrianismo, en los anales que pudimos salvar de las antiguas Babilonia y Caldea, en el *Libro de los Muertos* y

Rituales del antiguo Egipto, y hasta en los libros mosaicos, sin hacer mención de las obras secretas judías, tales como la *Kabalah*.

El limitado espacio de que disponemos nos obliga á ceñirnos á unas pocas citaciones breves, no permitiéndonos intentar siquiera extensas explicaciones. No es exageración asegurar que podría escribirse un tomo voluminoso acerca de cada una de las pocas alusiones que aparecen en los Shlokas citados.

Desde el bien conocido himno al tiempo del *Atharva Veda* (XIX, 53)

> El tiempo, semejante á una brillante rueda con *siete* radios,
> Lleno de fecundidad, arrastra todo hacia adelante.
> ....
> El tiempo, cual carro de *siete* ruedas y *siete* cubos, marcha hacia [adelante;
> Las ruedas veloces son los mundos todos, su eje
> es la Inmortalidad

hasta Manú, «el primero y el *séptimo* hombre», los Vedas, los Upanishads y todos los sistemas de filosofía posteriores, todos abundan en alusiones acerca de este número. ¿Quién era Manú, el hijo de Svâyambhuva? Nos dice la Doctrina Secreta que *ese* Manú no era hombre, sino la representación de las primeras razas humanas, evolucionadas con el auxilio de los Dhyàn-Chohans (Devas) al principio de la Primera Ronda.

Pero nos enseñan sus *Leyes* (I, 80) que hay catorce Manús para cada Kalpa ó «intervalo entre creación y creación» (léase intervalo entre un Pralaya *menor* y otro), y que «en la presente edad divina hubo hasta ahora *siete* Manús». Los que saben que hay siete Rondas, de las que tres han pasado, y que nos hallamos ahora en la cuarta; que hay siete auroras y siete crepúsculos ó catorce Manvantaras; que al principio de cada Ronda y á su fin, y sobre y entre los planetas, hay «un despertar á la vida *ilusoria* y un despertar á la vida *real*»; que existen además «Manús-Raíces», y lo que hemos de traducir imperfectamente por los «Manús-Semilla», *las semillas para las razas humanas de la Ronda venidera* (misterio que sólo á aquellos que han pasado el tercer grado en la iniciación es divulgado), los que todo eso hayan aprendido estarán mejor preparados para comprender el significado de lo que sigue. Nos

enseñan las Sagradas Escrituras indas que «el primer Manú produjo *seis* otros Manús (*siete* Manús primarios entre todos), y esos á su vez produjeron cada uno otros siete Manús (*Bhrigu*, I, 61-63) (1), resultando la producción de estos últimos en los tratados ocultos como 7 × 7.

Claramente aparece, por lo tanto, que Manú, el último, el progenitor de nuestra humanidad de la cuarta Ronda, ha de ser el *séptimo*, puesto que nos hallamos en nuestra cuarta Ronda, y que hay un Manú-Raíz en el globo A y un Manú-Semilla en el globo G. Así como cada Ronda planetaria comienza con la aparición de un Manú-Raíz (Dhyân-Chohan) y termina con un Manú-Semilla, de igual modo aparecen respectivamente un Manú-Raíz y Semilla al principio y fin del período humano en cada planeta particular. Fácilmente se verá por la declaración anterior que un período Manu-antárico significa, como lo implica el término, el tiempo que transcurre *entre* la aparición de dos Manús ó Dhyân-Chohans, y por lo tanto, un Manu-antara menor es la duración de las *siete* Razas sobre cualquier planeta particular, y un Manu-antara mayor es el período de una Ronda humana á través de la Cadena Planetaria. Además, como nos dicen que cada uno de los siete Manús *crea* 7 × 7 Manús, y que hay 49 Razas-Raíces sobre los siete planetas durante cada Ronda, cada Raza-Raíz tiene, pues, su Manú. El séptimo Manú actual es llamado Vaivasvata, y aparece en los textos exotéricos como el Manú que en la India representa al Jixutro babilónico y al Noé judío. Mas nos enseñan los libros esotéricos que Manú Vaivasvata, el progenitor de nuestra *quinta* Raza, el que la salvó del diluvio que casi exterminó á la cuarta (la Atlante), no es el séptimo Manú mencionado en la nomenclatura de los Manús raíces ó primitivos, sino uno de los 49 «emanados de este Manú-Raíz».

Para mayor claridad, damos aquí los nombres de los 14 Manús en su orden respectivo y su relación con cada Ronda:

---

(1) El hecho de declarar el mismo Manú que fué creado por Virâj, y produjo después los diez Prajâpatis, que á su vez produjeron siete Manús, los cuales dieron nacimiento á otros siete Manús (*Manú*, I, 33-56), se refiere á otros misterios aún anteriores y constituye al mismo tiempo un «velo» respecto á la doctrina de la Cadena Septenaria.

Primera Ronda..	1.ª (Raíz) Manú	en el	Planeta	A.—Svâyambhuva.
	1.ª (Semilla)	»	»	G.—Svârochi ó Svârochisha.
Segunda Ronda..	2.ª (Raíz)	»	»	A.—Autami.
	2.ª (Semilla)	»	»	G.—Tâmasa.
Tercera Ronda..	3.ª (Raíz)	»	»	A.—Raivata.
	3.ª (Semilla)	»	»	G.—Châkshnsha.
Cuarta Ronda...	4.ª (Raíz)	»	»	A.—Vaivasvata (nuestro progenitor).
	4.ª (Semilla)	»	»	G.—Sâvarna.
Quinta Ronda...	5.ª (Raíz)	»	»	A.—Daksha Sâvarna.
	5.ª (Semilla)	»	»	G.—Brahma Sâvarna.
Sexta Ronda....	6.ª (Raíz)	»	»	A.—Dharma Sâvarna.
	6.ª (Semilla)	»	»	G.—Rudra Sâvarna.
Séptima Ronda..	7.ª (Raíz)	»	»	A.—Rauchya.
	7.ª (Semilla)	»	»	G.—Bhautya.

Así, pues, aunque séptimo en el orden indicado, Vaivasvata es el Manú-Raíz primitivo de nuestra cuarta Oleada humana (siempre debe tener presente el lector que Manú no es un hombre, sino la humanidad colectiva), mientras que *nuestro* Vaivasvata era tan sólo uno de los siete Manús menores que presiden las siete razas de este planeta nuestro. Cada uno de éstos ha de ser testigo de uno de los cataclismos periódicos eternamente reproducidos (por el fuego y el agua alternativamente) que terminan el ciclo de cada Raza Raíz. Y es este Vaivasvata—la encarnación del ideal indo, llamado respectivamente Jixutro, Deucalion, Noé y por otros nombres—el hombre alegórico que salvó á nuestra raza cuando la casi totalidad de la población de un hemisferio pereció por el agua, mientras despertaba de su obscuración temporal el otro hemisferio.

Aun comparando brevemente la undécima tabla de las leyendas Izdhubar sobre la historia caldea del Diluvio con los llamados libros mosaicos, desempeña el número *siete* un papel importante. Tanto en aquélla como en estos últimos, reviste grandísima importancia el número siete. Los animales, pues, son separados por *siete;* por *siete* igualmente las aves; á Noé se le anuncia que lloverá dentro de *siete* días sobre la tierra; así espera «otros *siete* días» y *siete* días más, mientras que en la versión caldea del Diluvio la lluvia cesó el séptimo día.

El *séptimo* día fué echada á volar la paloma; Jixutro coge por *siete* los «jarros de vino» para el altar, etc. ¿Cómo expli-

car tales coincidencias? ¡Y sin embargo, pretenden los orientalistas europeos que creamos en ellos cuando juzgando las cronologías babilónicas y arias las tachan de «extravagantes é ilusorias»! A pesar de ello, como ninguna explicación nos ofrecen aquéllos, ni observaron jamás, que sepamos, la extraña identidad existente en los totales de las cronologías semítica, caldea é indo aria, consideran los estudiantes de la Filosofía Oculta el hecho que sigue como sugestivo en extremo. Mientras se fija en 432.000 años (1) el período del reinado de los 10 reyes babilonios antediluvianos, también señalan 432.000 años de duración al Kali Yuga, posterior al diluvio, y los cuatro períodos, ó el Mahâ Yuga, acusan en su totalidad 4.320.000 años. ¿Por qué siendo ilusorias y «extravagantes» presentan números idénticos, cuando seguramente ni los arios ni los babilonios se han copiado unos á otros? Llamamos la atención de nuestros ocultistas para que se fijen en los tres números dados: 4, que representa el cuadrado perfecto; 3, la triada (los siete principios universales y los siete individuales), y 2 el símbolo de nuestro mundo ilusorio, número ignorado y rechazado por Pitágoras.

En los Upanishads, así como en la Vedânta, es donde hemos de buscar las mejores corroboraciones de las enseñanzas ocultas.

En la doctrina mística, los Rahasya ó los Upanishads—«el único Veda de todo pensador indo actualmente», según confiesa Monier Williams—, cada palabra, como su nombre mismo implica (2), ofrece un sentido secreto. Ese sentido sólo puede comprenderse completamente por aquel que posee un pleno conocimiento de Prâna, la Vida Una, «el cubo del que parten los *siete* radios de la rueda universal» (himno á Prâna, *Atharva Vedâ*, XI, 4).

Reconocen hasta los orientalistas europeos que todos los sistemas en la India consideran el cuerpo humano como com-

(1) Véase *Babilonia*, por George Smith, pág. 36. ¡Aquí también, como sucede con los Manús, los 10 Prajâpatis y los 10 Sephiroth en el *Libro de los Números*, se van reduciendo á *siete!*

(2) Upa-ni-shad significa, según las autoridades brahmánicas, «conquistar la ignorancia revelando el conocimiento *espiritual* secreto». Según Monier Williams, derívase el título de la raíz *sad* con las preposiciones *upa* y *ni*, é implica «algo místico que está bajo la superficie».

puesto de: (*a*) un cuerpo exterior ó grosero (Sthûla Sharîra), (*b*) un cuerpo interno ó vaporoso (Sûkshma ó Linga Sharîra, el vehículo), unidos ambos por (*c*), la vida (Jîva ó Kârana Sharîra, el «cuerpo causal») (1). El sistema oculto ó esoterismo divide éstos en siete, agregándoles además Kâma, Manas, Buddhi y Âtman. La filosofía Nyâya, al tratar de los Prameyas (por medio de los cuales los objetos y sujetos de Pramâna deben ser entendidos correctamente), incluye entre los 12 los *siete* «principios raíces» ó fundamentales (véase Sûtra, IX), que son: (1) el alma (Âtman); (2) su espíritu superior (Jîvâtman); (3) el cuerpo (Sharîra); (4) los sentidos (Indriya); (5) la actividad ó voluntad (Pravritti); (6) la mente (Manas); (7) el intelecto (Buddhi).

Los siete Padârthas (exámenes ó atributos de las cosas existentes) de Kanâda en el Vaisheshika, refiérense en la doctrina oculta á las siete cualidades ó atributos de los siete principios. Así: (1) la substancia (Dravya) se refiere al cuerpo ó Sthûla Sharîra; (2) la cualidad ó propiedad (Guna) al principio de vida, Jîva; (3) la acción ó acto (Karman) al Linga Sharîra; (4) la comunidad ó mezcla de las propiedades (Sâmânya) á Kâma Rûpa; (5) la personalidad ó individualidad consciente (Vishesha) á Manas; (6) la cohesión ó relación íntima perpetua (Samavâya) con Buddhi, el vehículo inseparable de Âtman; (7) la no-existencia ó no-ser en el sentido de la objetividad ó substancia (Abhâva), y como separados de la misma, á la mónada más elevada ó Âtman.

Así, pues, sea que consideremos al Uno como el Purusha Védico ó Brahman (neutro), la «esencia que todo lo penetra»; ó como el espíritu universal, la «luz de las luces» (Jyotishâm Jyotih), el total independiente de toda relación de los Upanishads; ó como el Paramâtman de la Vedanta; ó también como la Adristha de Kanâda, la «fuerza invisible» ó átomo divino, y finalmente, como Prakriti, «la esencia eternamente existente» de Kapila, en todos estos principios *impersonales* universales

(1) Confunden con frecuencia los no iniciados ese Kârana Sharîra con el Linga Sharîra, describiendo al primero como el embrión interno rudimentario ó latente del cuerpo unido á él. Mas el ocultista lo considera como la *vida* (cuerpo) ó Jîva, que desaparece á la muerte; es reabsorbido, dejando al primer y tercer principio *desintegrarse* y volver á sus elementos.

hallamos la capacidad latente de evolucionar de sí mismos á «seis rayos» (siendo el *séptimo* el principio evolucionario). El tercer aforismo del *Sânkhya Kârikâ*, que dice, refiriéndose á Prakriti, que es la «raíz y substancia de todas las cosas», y no *producto*, sino productora ella misma de «siete cosas que, producidas por aquélla, conviértense también en productores», ofrece un significado puramente oculto.

¿Qué son aquellos productores evolucionados del principio básico universal, Mûla-prakriti ó la materia *cósmica primera* no diferenciada, que de sí misma evoluciona la conciencia y la mente, llamada generalmente Prakriti á Amûlam Mûlam, la «raíz sin raíz», y Avyakta, «el evolucionador no evolucionado», etcétera?

Ese Tattva primordial ó «Aquello eternamente existente», la ignota esencia, produce, según nos enseñan, como primer productor á Buddhi—«el intelecto»—sea que apliquemos este último al sexto principio macrocósmico ó al microcósmico.

Ese primer producto produce á su vez (ó es el origen de) Ahankâra, la «propia conciencia», y Manas la «mente».

Siempre habrá de tener presente el lector que el Mahat ó gran fuente de aquellas dos facultades internas, Buddhi *per se*, no puede poseer ni propia conciencia ni mente, esto es, sólo puede el sexto principio en el hombre conservar una esencia de propia conciencia *personal* ó «individualidad personal», absorbiendo en sí mismo sus propias aguas, que han fluído por conducto de aquella facultad *finita;* porque Ahamkâra, esto es, la percepción del «Yo» ó sentimiento de nuestra propia individualidad personal, exactamente representado por el término «Ego-ismo», pertenece al segundo, ó más bien al tercer producto de los siete, esto es, al quinto principio ó Manas. Este último es el que atrae al hilo de Prakriti, el principio-raíz, cual tela de araña, los cuatro principios ó partículas sutiles elementales—«Tanmâtras», de los que la «tercera clase», los Mahâbhûtas, principios elementales groseros, ó más bien los Sharîras y Rûpas, son evolucionados—Kâma, Linga, Jîva y Sthûla Sharîra. Las tres Gunas de Prakriti—Sattva, Rajas y Tamas (pureza, actividad pasional é ignorancia ú obscuridad)—formando un triple hilo ó «cuerda» penetran los siete, mejor dicho, los seis principios humanos. Del quinto, Manas ó Ahankâra, el «Yo», depende convertir la cuerda Guna en un hilo

solo, el Sattva, y formando así un solo todo con el «evolucionador no evolucionado», alcanzar la inmortalidad ó existencia consciente eterna.

De otro modo, nuevamente se resolverá en su esencia Mahâbhautica; mientras no esté desencordada la triple cuerda, el espíritu (la mónada divina) queda esclavizado «cual animal» por la presencia de los Gunas en los principios (Purusha Pashu). El espíritu Atman ó Jîvâtman (los principios séptimo y sexto), sea del macrocosmo ó microcosmo, aunque esclavo de aquellas Gunas durante la manifestación objetiva del universo ó del hombre es, no obstante, Nirguna, esto es, está completamente libre de ellas. De los tres productores ó evolucionadores, Prakriti, Buddhi y Ahankâra, sólo el último puede ser hecho prisionero (tratándose del hombre) y destruído cuando es *personal*. La «mónada divina» es Aguna (exenta de cualidades), mientras que Prakriti, en cuanto el estado pasivo de Mûlaprakriti pasa al de Avyakta (un evolucionador activo) es entonces Gunavat, dotado de cualidades. Nada pueden tener que ver Purusha ó Atman con el último (siendo incapaces, por supuesto, de percibirle en su estado gunavático); con la primera—Mûlaprakriti ó la esencia cósmica no diferenciada—sí tienen relación, ya que forman *un solo todo* con ella y son idénticos.

El *Atma-Bodha* ó «conocimiento del alma», tratado escrito por el gran Shankarâchârya, habla claramente de los *siete* principios en el hombre (véase versículo 14). A estos los llama las cinco envolturas (Panchakosha), en las que está contenida la mónada divina, el Atman y Buddhi, los principios séptimo y sexto, ó el alma individualizada cuando se ha diferenciado (bajo la acción de Avidyâ, Mâyâ y las Gunas) del alma suprema, Parabrahman. La primera envoltura, llamada Anândamaya—la envoltura de la «suprema bienaventuranza»—, es el Manas ó quinto principio de los ocultistas, cuando está unido á Buddhi; la segunda es Vijñâna-maya Khosa, la envoltura de la «propia ilusión», el Manas cuando se elude en la creencia del «yo» *personal* ó Ego con su vehículo. La tercera, Manomaya, compuesta de la «mente» ilusoria, asociada con los órganos de la acción y de la voluntad, es el Kâma Rûpa y Linga Sharîra combinados, productores de un «yo» ilusorio ó Mâyâvi Rûpa. Llámase á la cuarta envoltura Prâna-Maya, la «vida»

ilusoria, nuestro *segundo* principio de vida ó Jîva, en el que reside la vida, la envoltura del «aliento». La Kosha quinta lleva por nombre Anna-Maya, ó sea la envoltura conservada por medio del alimento, nuestro cuerpo material. Todas esas envolturas producen á su vez otras menores, ó seis atributos ó cualidades cada una, siendo siempre la séptima la envoltura raíz ó fundamental; y al Atman ó espíritu, que semejante á un hilo pasa á través de todos esos cuerpos etéreos sutiles, llámanle el «alma-hilo» ó Sûtrâtman.

Y ahora podemos dar por terminada la anterior demostración.

En verdad que bien puede aplicarse á la doctrina esotérica el calificativo de «doctrina del hilo», ya que como Sûtrâtman ó Prânâtman penetra y une á todos los antiguos sistemas filosófico-religiosos, y lo que es más aún, los reconcilia y explica, pues aunque tan distintos exteriormente entre sí, descansan todos en una base única, cuya extensión, profundidad, amplitud y naturaleza son conocidas de aquellos que se han convertido, á semejanza de los «Hombres Sabios del Oriente», en adeptos de la Ciencia Oculta.

H. P. BLAVATSKY

EL PORVENIR DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

II

CONVIENE recordar que el apogeo de la quinta Raza Raíz continuará aún mucho, muchísimo tiempo después de que hayamos visto aparecer la sexta subraza. Pues las Razas y las subrazas viven unas á expensas de las otras; así es que la mayor parte de la humanidad pertenece actualmente á la cuarta Raza Raíz y no á la quinta; pero á pesar de constituir esta última una exigua minoría, dirige actualmente la evolución del mundo. Lo mismo sucede con las subrazas. La sexta subraza estará representada en un principio por una minoría apenas apreciable, pero que matizará el conjunto. Y á medida que aumenten en número, y constituyan naciones, empezarán entonces á preponderar y dirigir. Pero en aquella época, como ahora

y durante largas edades del porvenir, la quinta Raza constituirá la gran mayoría. La quinta subraza no ha llegado aún al cenit, no se ha elevado todavía á la altura á que en su evolución ascenderá durante los siglos que constituyen nuestro porvenir inmediato. Sin embargo, se aproxima, asciende rápidamente hacia la cúspide; pero muchos años la separan aún del día en que reinará en todo su esplendor. En el momento presente, su ascensión es rápida; pero si se la compara á la raza correspondiente de la civilización Atlante, se comprenderá que no ha alcanzado aún su apogeo. Cada Raza debe exceder á la Raza precedente, y nosotros aún no hemos alcanzado el nivel de la antigua Atlántida en lo referente al conocimiento, y por lo tanto, al dominio de la naturaleza inferior. Pero, lo repito, la ascensión es actualmente rápida, y lo será más aún á medida que transcurran los años. Pues hay esta particularidad en la evolución, y es que progresa en una proporción cada vez más rápida. Cuanto más ejercita la raza sus poderes, más éstos se multiplican, de suerte que citando la tan conocida palabra de un escritor, «La Raza no crece por *aditamento,* sino en poderes». A cada nueva década, nuestra civilización acelerará cada vez más su marcha ascendente; pero el hecho mismo de no haber alcanzado aún los niveles superiores á que llegó la cuarta Raza, nos demuestra cuán largo es el tiempo que tenemos ante nosotros para edificar la sexta subraza; en esto consiste la labor inmediata. Es inútil que nos ocupemos más acerca de la sexta Raza Raíz, pues todo lo que contribuye entre nosotros á formar la sexta subraza, contribuye igualmente á edificar la futura sexta Raza Raíz. Las mismas facultades serán entonces requeridas, aunque en un nivel más elevado; descendamos, pues, á nuestro más modesto nivel, y consideremos lo que será la sexta subraza. Así podremos darnos cuenta de la obra que hemos de llevar á cabo y del porvenir de la S. T.

***

La gran característica de aquella Raza futura será la unión, de donde se sigue que todo lo que tienda á la unión es una fuerza en actividad para el advenimiento de la futura subraza, aun cuando desde el punto de vista de nuestros prejuicios, una manifestación en este sentido pueda á veces parecer censurable. Lo importante no es la manifestación exterior del momento,

sino la tendencia interior, la dirección de la fuerza. Aparentemente pueden existir muchas cosas más hermosas que han realizado su obra y caminan hacia su ocaso, aunque las cosas que se elevan, las que aún están detrás del horizonte, tienen en sí, como todo lo que está aún en germen, muchos aspectos poco agradables, muchos puntos que desaparecerán á medida del crecimiento del ser en el porvenir, y aun antes de que éste se manifieste de nuevo en la tierra. Un Maestro ha dicho que si con la visión espiritual pudiésemos contemplar la generación del ser humano y su vida prenatal, comprenderíamos la generación de los mundos y de los universos. Esto es también un principio general; examinémosle, pues, á fin de sacar las enseñanzas para el presente.

Analicemos el desarrollo de la semilla y su transformación en planta. ¿Qué vemos en un principio? Un germen minúsculo rodeado de una masa de materia nutritiva, y antes de que este pequeño germen pueda echar raíces y salir á la superficie, transformándose en tallo y hojas visibles, la materia nutritiva debe ser absorbida por el germen en su desarrollo y convertida en los delicados tejidos de la planta futura. Asimismo, cuando consideramos el embrión humano ó animal, ¡qué diferencia hay entre este ser rudimentario y el animal ó el hombre en que se convertirá! ¡Qué carencia de belleza en los diferentes estados de su desarrollo, de su nutrición y de su formación progresiva! ¡Por qué maravillosa alquimia de la vida que impulsa al germen viviente absorbe en sí mismo la materia nutritiva que lo envuelve, formando con ella un órgano después del otro hasta tanto que el ser perfecto esté presto para nacer en el mundo! Lo mismo sucede en el desarrollo de una subraza, y por consiguiente, de ésta cuyo germen está sembrado ya. Mucho hay que hacer antes de que esté dispuesta para nacer, aunque la hora de su nacimiento esté separada por un lapso de tiempo apreciable desde el momento en que el germen es depositado en la matriz del tiempo. Tratando ahora de comprender la analogía por medio del ejemplo que acabo de exponer, no encontraréis ya extraño el hecho muy real y verdadero de que, aun en nuestros días, numerosos mensajeros han sido enviados por el futuro Manú á fin de que diesen cierta nota fundamental, que debe ser la característica de la criatura que ha de nacer. En el presente esta nota nos es bien conocida, es Fraternidad.

Fijémonos en que en los momentos actuales se encuentran esta clase de mensajeros esparcidos por el mundo; que los diversos grupos de hombres de todas clases tienden en esta dirección y reconocen cada vez más esta nota como base de su progreso y de su evolución. Pero yo entiendo que en el actual momento no hay más que dos organizaciones que hayan adoptado la Fraternidad Universal como divisa y como norma en el mundo; éstas son la Francmasonería y la Sociedad Teosófica. Tales son, en verdad, las dos únicas agrupaciones que proclaman la fraternidad universal. Pues aunque muchas religiones proclaman la fraternidad, no la hacen universal de hecho, sino que hacen de ellas una paternidad dentro de los límites de su *credo,* y para ser á sus ojos un hermano, debe el hombre penetrar en su exclusivo recinto. Veamos cómo está esto comprobado en la grande y universal ceremonia del bautismo que señala la entrada del ser en la Iglesia cristiana. Solamente por este sacramento «se *convierte* en hijo de Dios». Antes no era hijo de Dios, desde el punto de vista de la Iglesia, sino que había nacido en la cólera Divina, en el reino de Satán. Por medio de la ceremonia del bautismo se le convierte en hijo de Dios, y por este hecho es heredero del reino de los cielos. Lo mismo sucede en todas las Iglesias; aquellos que están fuera de su recinto no son hijos de Dios. Pero es preciso recordar que es la paternidad divina la que implica la Fraternidad de los hombres. Tan solo haciendo derivar sus raíces de la vida del Padre podemos concebir la Fraternidad. Por esto la Teosofía no está limitada por ninguna barrera de credo ni de confesión, porque afirma que todo ser humano, en su naturaleza esencial, es *uno* con la Vida Suprema y la Suprema Divinidad; por esto su Fraternidad es universal y no excluye á ningún ser de su seno. Todo hombre, sea quien fuere, es para nosotros un hermano. No es preciso que entre en la Fraternidad; nadie puede ser considerado fuera de ella. Su Espíritu, su Vida le hacen partícipe de la misma; este hecho está por encima y más allá de nosotros. Nosotros no hemos hecho esto, ni podemos deshacerlo. Reconocemos esta gran verdad y no nos atribuímos el nombre de Fraternidad Universal, sino solamente el de núcleo de esta Fraternidad, lo cual es una cosa muy distinta. La Fraternidad alcanza la Humanidad entera, tal es nuestra doctrina fundamental, que implica que la Fraternidad es extensiva á todo lo que vive. Lo

mismo sucede en principio en la Masonería, y es un hecho allí donde es bien comprendida; no hay barrera de religión, todos son igualmente bien recibidos en la Logia masónica. He dicho «allí donde la Masonería es bien comprendida», porque hay países en que está muy extendida, pero donde la Logia se ha convertido también en tan exclusiva como la Iglesia. Entre los masones americanos, por ejemplo, el negro no es admitido en la Logia masónica. Esto es una negación de la Masonería, un estigma para ella y no su triunfo. Y aunque es cierto que la Masonería ha perdido una gran parte de su saber, permanece aún, en la mayor parte de los casos, una Fraternidad, y en ella perdura un algo imperecedero y la posibilidad de una renovación de vida en el mundo.

Aparte de estos dos casos, las fraternidades restringidas son proclamadas en el presente en mayor ó menor grado en todas partes. La Iglesia proclama la fraternidad en su recinto. Todas las religiones la confirman en el seno de sus limitaciones respectivas. Y la misma palabra es proclamada fuera de las religiones y de las iglesias. El socialismo también quiere la fraternidad y se esfuerza en sentar su política sobre este principio. En todas partes se proclama la Fraternidad, aunque ésta no haya sido aún vívida, y esto es uno de los signos que anuncian el próximo advenimiento de la subraza en la que la Fraternidad será la nota dominante. Entonces toda civilización tendrá por base la Fraternidad, y todo estado social que no sea fraternal, y en cuyo seno existan ignorantes, pobres, hambrientos ó enfermos, todo estado semejante será considerado como un estado de barbarie. La nota de la subraza que empieza será, pues, la Fraternidad, y puesto que la hemos adoptado como primer objeto de nuestra Sociedad Teosófica, tenemos el derecho de llamarnos un núcleo de fraternidad; y porque reconocemos definitivamente esta fraternidad, podemos conscientemente colaborar con la naturaleza. En ella radica la fuerza real del movimiento teosófico. Esta fuerza no radica en el número relativamente limitado, sino en nuestra colaboración consciente con las fuerzas que laboran para el porvenir. La S. T. es una parte de este vasto movimiento que se agita á nuestro alrededor en todos sentidos; pero lo que nos permite formar la cresta de esta inmensa ola, es que nosotros sabemos hacia qué fin nos dirigimos, es que nosotros comprendemos las fuerzas que trabajan

para el porvenir. Así, pues, en nuestra S. T. debemos, antes que nada, atenernos á este principio de fraternidad y trabajar para él en todas las formas de la actividad humana.

Esta misma palabra Fraternidad hará reconocer á las Logias teosóficas aquellos movimientos que es preciso apoyar y aquellos que no deben ser ayudados. De nada sirve echar agua en una vasija quebrada, pues toda vasija que no lleve inscripta la palabra Fraternidad es una vasija quebrada, incapaz de contener el agua para los tiempos futuros. Pero cualquiera que sea la mezcla de ignorancia, de locura ó de mal transitorio que pueda haber en un movimiento que aspire á la Fraternidad y se esfuerce en realizarla, es una fuerza viviente, un recipiente en el que las Aguas de Vida pueden ser vertidas. En esta clase de movimientos, los teósofos deben cooperar, deben probar de inspirarlos y de purificarlos, eliminando los resultados de la ignorancia y reemplazándolos por la sabiduría, la cual tienen el deber sagrado de difundir entre los hombres. De suerte que para la labor social, ésta es la nota fundamental.

* * *

Esto me induce á detenerme un momento á considerar el movimiento socialista, que se extiende en todas partes á nuestro alrededor. Este movimiento está en vías de cometer un gravísimo error; el socialismo pierde de vista la base misma del progreso, la necesidad de formar hermanos que puedan más tarde constituir una fraternidad. Muchos creen que el porvenir depende de las condiciones económicas, del reparto de la propiedad y del capital. Estos son asuntos que deben ser examinados con cuidado y establecidos inteligentemente. Pero sean cuales fueren los medios de vida que se posean, no podrían ser beneficiosos, aunque fuese en una sociedad bien organizada, si la vida misma estuviese envenenada. Pues la sociedad es la obra de los hombres que la componen y no son los hombres la obra de la sociedad; y hasta que este hecho no sea bien comprendido, todas las tentativas de reforma fracasarán, pues están cimentadas en la arena y no en la roca. Aquellos que han estudiado y comprendido, aunque sea poco, las fuerzas que actúan en el mundo en la hora presente, deben ser capaces de eliminar el mal y de prestar fuerzas al bien.

Entre todos los movimientos de nuestros días, la S. T. debe mantener firme su verdadero ideal. Es la misión del profeta, del instructor espiritual el mantener el ideal, el recordarlo siempre de nuevo, á fin de que los hombres puedan tenerlo constantemente ante su vista y puedan elegir los senderos que conducen al buen fin.

***

Los principios que acabo de exponer pueden facilitar la compresión del por qué la S. T., tan reducida con relación á la humanidad, sea, no obstante, tan vigorosa. Es débil en número, así como por la calidad de sus miembros, puesto que todavía no forman en sus filas los más sabios ni los más poderosos de la tierra. Esta se compone de personas aparentemente muy medianas, de personas humildes y no de los heraldos de la civilización contemporánea. Mas en cada uno, sin lo que no serían miembros de la S. T., existe la naciente aspiración hacia una condición más noble y el deseo de sacrificarse para acelerar el advenimiento en la tierra de este estado mejor. Tal es en la hora actual la razón de ser de nuestra Sociedad. Nosotros somos á manera de la materia nutritiva que rodea al germen, el cual se desarrolla y crece por el amor, la aspiración y el sacrificio de sí mismo que se encuentra en nuestro movimiento, por poco desarrollados que estos elementos sean al presente. Y el hecho de reconocerlo como un deber, como un ideal, es una promesa para el porvenir. Somos la resultante de nuestro pasado, y seremos después lo que haya creado nuestro presente. Y si el corazón de los teósofos, el mío inclusive, contienen la aspiración hacia un estado mejor, esto señala nuestro lugar en el porvenir, nuestro derecho á figurar en la vanguardia de esta subraza cuyo nacimiento se prepara. Pues nuestros pensamientos actuales representan lo que seremos en nuestra próxima vida; nuestras aspiraciones de hoy serán nuestras facultades de mañana. Sabemos cómo transcurrirá la vida intermedia, entre la muerte que terminará nuestra presente vida y el nacimiento que abrirá las puertas de nuestra vida futura. Sabemos que en las moradas celestes transformaremos en capacidades y facultades cada pensamiento y aspiración hacia una vida más elevada, que en nuestros presentes días de debilidad generamos y

nos esforzamos en cultivar. No somos nosotros tal como somos en el presente, los que edificaremos el porvenir, sino nosotros, tal como seremos entonces, regenerados por nuestras aspiraciones del presente. Y en la medida exacta en que cada uno alimente estas aspiraciones, acaricie este ideal y se esfuerce, por débilmente que sea, en ponerlo en práctica, á pesar de las limitaciones del pasado, que paralizan nuestra vida actual, en la misma medida nos será posible, en el intervalo que separa la muerte del renacimiento, construir las facultades más nobles que serán las cualidades que nos permitirán renacer en la tierra en el seno de la sexta subraza.

Tal debe ser en lo sucesivo el móvil de nuestra vida, tal ha de ser el motivo que inspire al propio poder interno que nos dirige. Y si creemos en la certeza, como he dicho antes, de que esta subraza está ya en los umbrales del mundo, miremos á nuestro alrededor y observemos los cambios que se operan. He dicho que somos pocos en número, que somos gentes medianas. ¿Pero qué ha sucedido en la difusión de nuestras ideas? ¿Qué hemos de pensar de la manera como en estos últimos treinta años las enseñanzas teosóficas se han difundido á través de la quinta Raza, se han infiltrado en su literatura y empiezan á guiar su ciencia y á inspirar sus artes? Esta es la prueba del poder de esta fuerza, á despecho de la debilidad de los vehículos á través de que se manifiesta. Es cierto que no es á nosotros á quien es debida la difusión de estas ideas, sino á los Poderosos Seres que, ocultos, prestan á la S. T. la fuerza de que nosotros carecemos. Pues de Ellos procede todo el movimiento; Ellos trabajan tanto fuera como dentro de la S. T. Y su labor externa se manifiesta en los innumerables movimientos que tienden todos á un mismo fin. No somos nosotros los que hemos difundido las ideas. Están ellas esparcidas en la atmósfera mental que nos rodea, y nuestro único mérito consiste en haberlas asimilado un poco antes que los demás y en darnos cuenta de que forman parte de la Sabiduría Eterna. Esta es nuestra única pretensión y nuestra única prerrogativa. Conscientemente, con propósito deliberado, hemos elegido estas ideas, y por defectuosa que sea nuestra manera de poner en práctica esta elección, no por eso deja de ser registrada en el libro del Destino. Pues de bueno ó de mal grado, hemos de desarrollarnos en la dirección de nuestros pensamientos, y no podríamos formar

parte del Movimiento Teosófico sin que nuestro pensamiento esté más ó menos matizado por el ideal teosófico.

A menudo oímos decir: «¿Por qué he de ingresar en la Sociedad Teosófica? Vosotros dáis vuestros libros. Sembráis en todas partes á manos llenas vuestros conocimientos. Yo puedo comprar los libros en casa de un librero y aprender las demás enseñanzas en las conferencias. ¿Por qué, pues, he de formar parte de la Sociedad Teosófica?» A esto respondo siempre: «No existe ninguna razón para que ingreséis en la Sociedad, si no lo deseáis. Tomad todo cuanto podemos dar, tomadlo gratuítamente; todo está á vuestra disposición, y siempre seréis bien recibidos. Nosotros no somos más que los depositarios de estas enseñanzas para dároslas. Y ciertamente, si no tenéis interés en formar parte de los zapadores, permaneced fuera y seguid los senderos menos escabrosos que otros os han desbrozado.» Pero hay una razón que puedo decirla á aquellos que son miembros de la S. T., no la digo á los que están fuera; existe, digo, una razón para que pertenezcáis á la Sociedad, y es que en ella estáis mucho más en contacto con las fuerzas que preparan el porvenir. En ella estáis envueltos, os bañáis en la atmósfera de la que saldrá el porvenir. Todo lo que es bueno en vosotros, es alimentado por estas fuerzas. Todo lo que está en armonía con ellas es fortalecido por virtud de su irresistible poder. No podéis permanecer entre nosotros sin participar de esta inspiración; no podéis ser miembros de la Sociedad Teosófica sin participar de la vida que á grandes oleadas es vertida en todos sus vehículos. De nada serviría decir esto á los de fuera, pues esta razón no despierta en las gentes el deseo de ingresar; pero los teósofos pueden regocijarse de que su buen karma del pasado les haya conducido al seno de la Sociedad Teosófica en el presente. Este karma les da derecho á la posibilidad de un nacimiento mejor en tiempos futuros, les confiere la facultad de tomar parte en la gran obra, cuya ejecución apenas empieza en la humanidad. En la vida que media entre dos encarnaciones, en las regiones celestes, esto les pone en contacto con los poderes y las posibilidades que en el mundo de los hombres corresponden á este ideal, esto da, en el más allá, la facultad de estar en contacto con los Grandes Seres que aquí abajo, por poco dignos que seamos de ello, nos esforzamos en servir.

Es, pues, una gran cosa el formar parte de la Sociedad Teo-

sófica, y es una gran promesa para el porvenir si podemos permanecer en ella. Pues el porvenir inmediato de la S. T. es la obra de construcción de la sexta subraza que va á nacer. Esta es la obra á la que nuestra Sociedad debe desde ahora en adelante consagrarse conscientemente, y la eficacia de nuestra labor será proporcionada á la medida con que nos demos cuenta de este fin, y en la proporción que lo comprendamos, así será nuestra participación en la gozosa labor de aquellos tiempos más felices.

El destino de nuestra Sociedad es ser la madre y la educadora de la sexta subraza en su infancia, y desde ahora ha empezado ya su vida prenatal. Tal es, cierta é inevitablemente, el porvenir de la S. T. A los que nos oigan les toca el decidir si quieren participar de este porvenir.

Annie BESANT
(Traducido por C. L. A.)

IDEAL Y PRÁCTICA DEL ESPÍRITU PÚBLICO

Conferencia dada en Adyar (India) el 16 de Febrero de 1908 por Annie Besant.

(Traducida del inglés para SOPHIA por J. Garrido, M. S. T.)

LA razón de que exponga ante vosotros la virtud del Espíritu Público, reside en que, durante los años que he vivido en la India, he predicado, quizá hasta la saciedad, que todas las reformas serán estériles, á menos que los indos vayan á la raíz del problema, á la construcción del carácter individual. Caracteres nobles son de indispensable necesidad para el éxito de todo movimiento eficaz, al objeto de moldear y constituir una Nación. Cualquier movimiento político fracasará, aun dirigido al más noble fin, si no es exteriorizado y mantenido por hombres de carácter elevado, por hombres rectos, imbuídos de espíritu público y sinceros. No podéis construir una buena casa con ladrillos resquebrajados, y del mismo modo no construiréis una gran Nación con ciudadanos de carácter malo ó indiferente. De igual manera que la casa no existe aparte de sus ladrillos, tampoco existe la Nación aparte de los ciudadanos que la integran. Los

ciudadanos *son* la Nación, y según sea su carácter, así será el de la Nación.

De ahí que sea un asunto de vital interés el que la educación dada por un pueblo á sus jóvenes incluya cuanto se refiere á la construcción del carácter por métodos religiosos y morales, y que un sistema educativo que hace caso omiso de religión y moralidad, no dé en modo alguno una verdadera educación. Por esto considero de urgencia, en la comunidad india, el establecimiento de un sistema educativo del que formen parte esencial la religión y la moral, porque si hemos de construir aquí una gran Nación, si la India unida que soñamos ha de ser algún día una realidad en el mundo de los hombres, ello únicamente puede hacerse por ciudadanos educados en el recto camino, por hombres cuyo carácter sea noble y digno de confianza y crédito. La rectitud, escrito está en una antigua escritura hebrea, exalta á una Nación, y un pueblo que no esté formado por ciudadanos rectos no es nada que tenga en sí la posibilidad de duradera vida.

Una de las capitales virtudes necesarias al buen ciudadano es el Espíritu Público; sin espíritu público no hay Nación. Es el cimiento sólido sobre el que puede construirse el edificio nacional. De ahí que sea de la mayor importancia el que hombres y mujeres, viejos y jóvenes, comprendan el significado de la virtud cívica que llamamos Espíritu Público. La enseñanza de esa virtud á los jóvenes, el alentarla donde esté presente, el formarla donde falte, puede constituir parte de una educación nacional. A menos que enseñemos á nuestros niños en las escuelas, á nuestros jóvenes en los colegios, á practicar esta virtud cuando son aún jóvenes, en los pequeños mundos del colegio ó la escuela, no será probable que cuando sean hombres la practiquen en la más amplia vida del mundo exterior, en interés de su patria, la India.

¿Qué es el Espíritu Público considerado desde un punto de vista ideal? Es la manifestación externa de la noble emoción llamada Patriotismo, el amor al país. Amor al país en que se ha nacido, en que se fué criado cuando niño, educado cuando joven; tal es uno de los sentimientos instintivos del corazón humano, que es la herencia del pasado, nacida con el individuo en el presente. Se le encuentra en todos los pueblos civilizados, á menos que haya sido aniquilado bajo las más desgraciadas cir-

cunstancias. Nadie susceptible de las más elevadas emociones está exento de este amor al país natal, y de él sale y germina, en los más nobles tipos, el amor que abarca á toda la humanidad, cuando un hombre puede decir de buena fe con Thomas Paine: *El mundo es mi patria*. Del amor al país natal, de la emoción del patriotismo nace la virtud del espíritu público, que es *patriotismo manifestado en actividad*.

Recordad la constante relación entre las emociones y las virtudes, porque os ayudará á cultivar éstas en aquéllas, haciéndolas brotar y desarrollar al modo como la flor procede de la semilla. Las emociones nacen en la naturaleza humana estimuladas por circunstancias y relaciones particulares. Todas las emociones sinceras y justas son formas de la primaria Emoción-Amor. El hombre, por su constitución, no puede vivir feliz aislado, y precisa de la presencia de otros de su especie; trata de desarrollar las relaciones sociales, y aun los mismos naturalistas reconocen como condición inherente al hombre la sociabilidad. El hombre tiende á vivir, no meramente en parejas, sino en familias, y el mismo desamparo é impotencia del niño hace precisa la continuidad de la relación familiar. De ahí que la pasión sexual germine en el duradero amor de esposo y esposa; la pasión maternal se desarrolle como paciente amor de madre; el lazo de familia tome un carácter duradero, y las emociones del amor de familia: amor de padre y madre, de hermano y hermana, lleguen á ser tan largas como la vida. Cuando esas emociones desbordan el círculo de familia, cuando llegan á ser generales, principios en vez de instintos, entonces son virtudes. La virtud es una forma general y duradera de la emoción-amor. «Trata á todos los mayores como á padres y madres, á todos los más jóvenes como á hermanos y hermanas», dice Manu. Y cuando se llega á esto, la emoción de familia llega á ser la virtud cívica.

¿Cómo despertar, pues, la emoción patriótica en el corazón de los jóvenes para que ella pueda dar en el porvenir su fruto en una vida útil de ciudadanía?

Delimitando bien el círculo nacional por la contemplación del pasado y el impulso hacia el porvenir.

Es preciso enseñar á los niños la historia de la India, como á los niños ingleses se enseña la historia de Inglaterra. Cuando conozcan su historia, un natural orgullo de raza se manifestará

en ellos, juntamente con el deseo de emular las grandes acciones de los antepasados. Ahora los niños indos aprenden más respecto á Inglaterra que á la India, más de Roma que de Râjputâna. Si pregunto á un niño algo sobre César, puede responderme; pero le cuestiono acerca de Prithivirâj, y sus ojos me interrogan con extrañeza. Eso no debe ser. A los niños, cuando están aún sobre las rodillas de sus madres, se les debiera contar las historias de los héroes del pasado de su país, como á los niños ingleses se les cuenta las historias de Alfredo y del Príncipe Negro. Se les debiera nutrir su espíritu con esas historias, y la escuela ampliaría las lecciones del hogar. Así se riega la semilla del patriotismo por la lluvia de las poderosas acciones de los héroes del pasado, y germina como amor y orgullo del país natal y el anhelo de hacerse dignos de un país tan grande.

El primer lugar en las escuelas indias debiera darse á la historia de la India; el segundo á la de Inglaterra como protectora del Imperio; el tercero á la de otros países.

No quiero decir con esto que no se deba estudiar más historia que la de la India, sino que ésta debiera venir en primer término, como en Inglaterra viene primero la historia de Inglaterra y en Francia la de Francia. En realidad, la historia de Inglaterra tiene un gran valor educativo, productor de espíritu público, porque nos dice cómo una Nación ha alcanzado poco á poco el camino de la libertad, y ha logrado al mismo tiempo un inmenso poderío. Ella nos dice cómo una valiente raza, en una pequeña isla del Norte, se ha hecho digna de un Imperio que rodea al Globo. Gran parte de la oleada de vida nacional que ahora fluye sobre la India, es debida á la inspiración de ideales ingleses de libertad ordenada, al aliento de la libertad inglesa. Al inglés no puede resentirle el deseo de imitar lo que *constituye su más sincera lisonja*. Y con una educación así orientada, se produce el espíritu de patriotismo.

Pero hay algo que jamás se debe olvidar. *El Patriotismo es Emoción-Amor*. Nunca se ha de mezclar en el patriotismo el veneno del odio, pues el odio es la raíz de los vicios, como el amor es la raíz de las virtudes. Cuando el patriotismo se envenena con el odio á otras comarcas, se convierte en cosa enfermiza y pierde su esencia y su vida. El Patriotismo crece por la natural evolución, y se ensancha en el amor á todas las naciones, convirtiéndose entonces en internacionalismo. El Patriotismo

es un paso hacia lo más completo, hacia lo más grande, el amor de toda la humanidad, corona del mundo del futuro. Pero el Patriotismo, bajo el enfermizo germen del veneno-odio, se transforma en agresividad de raza, insolencia de raza, tiranía de raza. Esto último oprime el corazón y ciega la inteligencia.

¿Queréis, en realidad, amar á vuestra patria y servirla? ¡Ah! entonces no odiéis nunca á los pueblos de otras patrias, ni uséis contra ellos palabras de provocación y desprecio. Recordad que aún más grande que el patriotismo es el amor á la humanidad, y que lo menor ha de desarrollarse en lo mayor. Por otro lado, el amor á la humanidad, excepto como un sentimiento vacío, no se encuentra entre las gentes indiferentes al país natal. El amor es una emoción que tiende á extenderse, pero se extiende desde un centro. El amor de los dos sexos sólo se amplía en el amor de familia; el amor de familia se extiende en el amor al municipio; el amor al pueblo donde se habita, se amplía en el de la provincia, éste en el de la nación, y luego en el de la humanidad. Podéis prudentemente poner en duda el amor de un hombre á la humanidad, si no ama á su país ni á su familia; porque quien no ama á lo más cercanamente vinculado, difícilmente amará á lo más lejano. Su amor es más un sentimiento de los labios que un impulso definido del corazón.

El espíritu público es patriotismo en acción. Vamos al lado práctico. Uno de los primeros frutos del patriotismo entre los hombres de letras indos, pudiera consistir en la composición de la historia india arriba citada, y de relatos históricos indos, historia y relatos que suscitarían el entusiasmo de los jóvenes en cuyas manos cayeran. ¿Qué obra más noble de espíritu público para un escritor inspirado, que proporcionar el alimento que ha de elevar el patriotismo de venideras generaciones?

Con razón se dice de un hombre, que está imbuído de espíritu público cuando trabaja por el bienestar de su nación como los hombres ordinarios trabajan por el suyo propio. Un hombre que siente el espíritu público no puede ver con indiferencia cosa alguna que dañe á su país, pues se identifica con los intereses de su nación y hace suyos aquellos intereses. Para obrar así, debiérais estudiar las vidas de hombres que han estado dotados de gran espíritu público, y ver cómo ellos obraron en circunstancias difíciles, aprender de sus experiencias y líneas de acción cómo se debe obrar sabiamente bajo las dificultades que

se puedan encontrar. Porque hay un peligro en la India, resultante de la escasez de espíritu público en los últimos siglos, y el presente ímpetu de vida despierta puede expresarse como espíritu público, pero en temerarias y locas vías, que pueden estorbar, mejor que favorecer, el advenimiento de la Libertad. El peligro está principalmente en los jóvenes ardientes y entusiastas, fácilmente excitados por la emoción y prontos á la acción, lo que les impulsa á saltar hacia adelante, sin pensar en las consecuencias que pudieran resultar. Por eso es de vital importancia el que comprendan cuáles son los principios que inspiran á un hombre lleno de espíritu público en países en que este espíritu ha sido cultivado por generaciones, y sobre todo, en un país, Inglaterra, que ha alcanzado esta vía de libertad sin los turbulentos desenfrenos revolucionarios, que frecuentemente ahogan en sangre la libertad, en otros países. Porque en Inglaterra, el sólido buen sentido del pueblo siempre ha acogido mal las excitaciones al motín, y aun en la guerra civil que llevó al cadalso á Carlos I, la verdadera guerra fué seria, moderada y respetuosa de la Ley, y no un furioso desenfreno revolucionario.

Un hombre que tiene espíritu público se da perfecta cuenta de que la sociedad puede sólo progresar de un modo seguro por el respeto al orden establecido, respeto á la ley y complacencia en trabajar pacientemente por un fin reconocido deseable. Los patriotas cuyos nombres son más reverenciados en Inglaterra, son los que construyen el estado de libertad por la Ley y un ordenado cambio, y que si alguna vez han tenido que sacar la espada, lo hicieron cuando todos los otros medios eran estériles, nunca para alcanzar nuevas libertades, sino sólo para defender la libertad ya disfrutada, cuando esa libertad era asaltada por la fuerza. Como Carlos Bradlaugh dijo una vez: «La fuerza nunca puede ser usada por un verdadero amante del país para conquistar una nueva libertad; sólo puede usarse con derecho cuando se emplea para repeler un atentado de fuerza contra una libertad ya poseída.»

Notad la diferencia entre los resultados de esas ordenadas luchas en Inglaterra, y el gran desenfreno revolucionario de Francia á fines del siglo XVIII. La pobreza y la miseria de las masas francesas eran tan extremas é intolerables, que el pueblo se levantó furioso y barrió en una salvaje orgía de sangre á los

hombres que le habían oprimido y también á los verdaderos patriotas, que buscaban un remedio á los males que habían lanzado á la desesperación. En el Occidente hay siempre en los bajos fondos sociales una masa de hombres y mujeres ignorantes, embrutecidos como no lo está nadie en este país, embrutecimiento en gran parte debido al hábito de beber, del que los pobres de este país están aún comparativamente libres. La capa más baja de la población es siempre una masa que sufre hambre, desnudez, mal alojamiento, viendo al mismo tiempo derrochar el dinero en frívolas diversiones, mientras sus hijos mueren de inanición. Tal fué la masa social que salió á la superficie en la revolución francesa, enfurecida por sufrimientos intolerables. Los mejores hombres de entonces, los que laboraban por el progreso, los escritores, los maestros, fueron barridos en la oleada de pasión popular. Sus cabezas cayeron bajo la guillotina por docenas, por centenares, porque las riendas del poder se escapaban de manos débiles á las de momentáneos ídolos de la turba, cada uno más extremo y exaltado que su predecesor. De aquel desorden salió una nueva dictadura, porque la gran mayoría del pueblo pide orden á cualquier precio, aunque tenga que pagar el precio de su libertad. Desde aquella espantosa lección, los hombres públicos de nuestro tiempo recuerdan que, bajo la sociedad educada, hierve una masa inarticulada, con pasiones fáciles de exaltar, pero que una vez excitadas son imposibles de fiscalizar y encauzar.

Para aclarar cuanto explico, citaré alguna anécdota de la vida de Carlos Bradlaugh, cuyas palabras hace poco he citado. Elijo este nombre, no sólo por mi amor y admiración por ese grande hombre, que realmente lo fué, sino también porque él estuvo continuamente mezclado en luchas y empeñado en la resistencia á la opresión, para ensanchar los límites de la libertad. Si tal hombre, luchando contra malas leyes, se esforzó siempre en usar de la Ley y no de la fuerza, en obrar dentro de la legalidad y no por la violencia, seguramente su ejemplo puede exponerse aun á los más ardientes de vosotros, mis jóvenes oyentes, porque él no era tímido, ni cobarde, ni contemporizador, sino un espíritu fuerte, altivo, guerrero, y llevó por todos conceptos una vida de lucha. Carlos Bradlaugh principió su vida como hijo de un pobre escribiente, y sólo recibió la instrucción de una escuela pública hasta la edad de once años.

Desde entonces hasta su muerte ganó su pan. Él se educó á sí mismo, guardando sus ahorros para comprar Gramáticas y Diccionarios, velando por las noches, levantándose en las oscuras mañanas de invierno, hasta que aprendió, él solo, el latín, el griego y el hebreo. Se colocó como muchacho de recados en un bufete de abogado, y entonces empezó á estudiar leyes en los momentos libres. Así, tenazmente, se fué preparando para la vida pública. Vosotros, alumnos de buenas escuelas y colegios, miráos en ese mozalbete, en su dura vida de labor; ved cómo estudió antes de lanzarse á la obra, cómo se esforzó en prepararse para la vida á que aspiraba. Y el resultado fué que, cuando en su lecho de muerte agonizaba á causa de las lesiones sufridas en su última lucha, pudiera decir: «Nunca un hombre fué preso por mi causa; nunca lloró una mujer por su esposo, arrebatado á la familia por haberme seguido.» ¿Cómo se arregló para luchar en tantas batallas, para alcanzar tantas victorias, y sin embargo, jamás, á través de su tempestuosa vida, recurrir á forma alguna de violencia, ni rebajar en el espíritu de sus partidarios su respeto á la ley y al orden? Por el estudio y el conocimiento. El estudio de la ley le sirvió para cambiar las leyes que eran opresoras. Pero jamás puso en peligro la paz de la sociedad, nunca quiso estremecer la fábrica social, porque él creía un gran atropello cambiar así las cosas, pensando siempre en el bien del pueblo, en su seguridad y dicha.

Permitidme os muestre cómo hizo uso de la Ley para cambiar la mala Ley. Cuando quiso editar al principio un semanario, la ley de Inglaterra pedía una fianza de 500 libras esterlinas, preventiva de todo delito de sedición y blasfemia. *Blasfemia* era cualquier crítica de los dogmas cristianos; *sedición,* cualquier crítica de la Corona. Al pedirle la fianza respondió cortésmente—siempre fué muy cortés—que era pobre y no tenía lo suficiente para pagar 500 libras por la publicación de su periódico. Se le amenazó con perseguirle judicialmente. Él escribió que él era el impresor, publicista y editor, que sólo él era el responsable, y que lo único que podía hacer era acompañar á la policía para vender el periódico si de ello se daba la orden. Jamás se encontrará un sujeto tan bonachón y fácil de conformar para cuanto se refería á la intentada persecución judicial; de modo que pronto prepararon todas las pruebas contra él. En presencia del tribunal, Mr. Bradlaugh se dió cuenta de que por

alguna equivocación la acusación estaba fundada sobre un número del periódico diferente de aquel que fué denunciado, y nada dijo. Él adujo cuantas razones pudo; agotó todas las cuestiones técnicas que pudo para cansar y acosar al Gobierno denunciador; pero siempre con inagotable buen humor y hasta regocijo. Apeló donde era posible apelar; aplazó cuanto se podía aplazar; el Gobierno comenzó á inquietarse y temió quedar en ridículo durante aquella larga guerra, empeñada contra un adversario desconocido. Al fin, su ingeniosidad se agotó, su última apelación decidió contra él. Pero reservaba aún una batería oculta; el periódico que figuraba en la causa no era el de la fecha de la denuncia. Él se alzó diciendo que no había prueba alguna de que tuviese nada que ver con el semanario perseguido. Gran indignación. El mismo tribunal quedó desconcertado. «Pero, Mr. Bradlaugh, aquí está su carta misma, en que aceptáis toda la responsabilidad.» «Señor, lo decía por el periódico denunciado, el del 17, por ejemplo (he olvidado la fecha), y este es otro, es el del 24.» «Pero el delito se continúa en él.» «Señor, dijo Bradlaugh humildemente, aunque quizá con ironía, yo nunca he oído que si un hombre cometía un delito en el número 17, se le pudiera convencer de continuarse ese delito en el núm. 24, que no ha sido denunciado.» En último término le dijeron: «Pero, Mr. Bradlaugh, ¿por qué no llamó V. antes la atención sobre este error?» «Señor, no sabía que fuera de mi deber de acusado corregir el erróneo alegato de mis perseguidores.» La costosa prueba quedó inutilizada, y todo tenía que empezarse de nuevo; el Gobierno ordenó un *nolle prosequi* y llevó un *bill* al Parlamento para abolir la garantía exigida á los periódicos.

El proyecto gubernamental fué aprobado, y John Stuart Mill escribió á Mr. Bradlaugh felicitándole por haber abolido las últimas trabas de la prensa inglesa.

Ved cuánto trabajo había hecho por el camino legal de resistir á la mala ley; allí no hubo excitación, ni violencia, ni sufrimiento de hombres inocentes, ni envío de testaferros á la cárcel por lo que él había hecho, sino que, solo, con su claro talento, luchando en su pleno derecho con el Gobierno, había vencido por su claro conocimiento de la defensa. Cuando tuvo que luchar en defensa propia, siempre lo hizo por medios legales, ridiculizando la ley opresora de este modo, logrando que la

opinión, ilustrada sobre la lucha que sostenía, pidiera la abolición de la ley.

Carlos Bradlaugh nunca disputó ni se opuso á la policía, aun bajo seria provocación, porque siempre dijo que la policía representa el orden, la garantía de las gentes honradas ante los criminales, y que aunque se mostrase ruda ó se excediera en sus atribuciones, jamás se debe emplear la fuerza contra ella. Y es que el hombre que siente el espíritu público ve más allá de lo que representa la molestia del momento, ve qué es lo que se precisa para la paz y seguridad pública, y reconoce que la policía debe ser sostenida por todo buen ciudadano. Carlos Bradlaugh, mientras defendía rigurosamente el derecho de reunión pública, trataba siempre de reducir al mínimum las inconveniencias de la multitud, y siempre notificaba á la policía sus disposiciones, para que ésta pudiera de antemano tomar todas las precauciones necesarias. Además, sus propios «policías especiales», como él los llamaba, hombres escogidos por su reconocida templanza, tacto y fuerza física, eran tan eficaces para conservar el orden y la disciplina, que sus enormes *meetings* jamás causaron inquietud alguna.

En su última lucha con la Cámara de los Comunes mostró el mismo espléndido espíritu público. Él empleó todos los medios legales de reforma; sostuvo su agravio de tribunal en tribunal. La Cámara de los Lores le hacía justicia. Había sido elegido miembro de los Comunes, é ilegalmente alejado de su escaño durante toda una legislatura. Le elegían una y otra vez, y de nuevo le rechazaban. La Ley era impotente contra la Cámara. Como último recurso decidió presentarse él mismo á prestar juramento; se convino en que le acompañara un policía, para hacer así un asalto legal. De todas partes de Inglaterra habían afluído hombres á Londres; vigorosos mineros del Northumberland y Durhan, tejedores del Lancashire, artesanos de todas clases, miles y miles, pidiendo justicia para «nuestro Charlie». Él rogó conservaran perfecto orden, permanecieran fuera del recinto del Parlamento y recordasen que la Ley era su único recurso. Un pequeño número, uno ó doscientos quizás, fueron al interior de Westminster Hall llevando peticiones para su admisión, como la ley lo permite. Él me había encargado de ellos, recomendándome cuidase que no ocurriera colisión con la policía, recordándome los miles que esperaban en el exterior, á los que

la menor excitación pudiera lanzar al motín. Bradlaugh fué solo á la antecámara del Parlamento. De pronto oímos un tumulto, un gran ruido de cristales que saltaban, de maderas rotas. «Le atacan y está solo», fué el grito, y los comisionados, con gran excitación, subieron las escaleras para chocar con la policía que guardaba la entrada de la Cámara. Yo me precipité entre el tropel y la policía. «¡Atrás atrás!—nos dijo él—, y conservad la calma.» Era un momento crítico, y por fin consiguió se retiraran y que yo los condujese al interior del gran patio del Palacio. Cuando llegamos allí, él también estaba, fuera de la puerta, con un grupo de policías á su alrededor; Mr. Bradlaugh se mantenía inmóvil, como una estatua, blanco y silencioso, su chaqueta desgarrada, sus brazos inertes. Nosotros esperamos el fin de la escena. Él se volvió y vino lentamente hacia donde estábamos. «Venid», fué cuanto dijo. Y añadió después que nos acercamos: «Id á casa; decid á todos mis amigos que se retiren. No permitáis que estalle un motín. Hemos hecho cuanto hemos podido». Nos abrimos paso él, sus hijas y yo, á través de aquella inmensa multitud de hombres fuertes, ardientes. «Déjanos abrirte el camino, Carlos», era el grito. Él les dijo de nuevo que se retiraran, austero é inmóvil. Le pregunté después por qué permanecía silencioso allí, durante aquellos minutos de extrema tensión, y me dijo que estaba dominándose á sí mismo, realizando su *self-control,* batallando contra la tentación de elevar su mano y llamar al pueblo en su ayuda. «Pero algunas mujeres pudieran haber tenido que vestir luto»—dijo tristemente—, y ese pensamiento calmó su razón, dominando á los demás. Dentro de la Cámara había sido atropellado por una docena de policías, brutalmente arrojado por la escalera; sus miembros retorcidos con crueldad, sufriendo tales lesiones que ya no se restableció nunca de ellas. Pero él no dió un solo golpe; con todo su sentido de dignidad ultrajada, viendo la ley pisoteada, con millares de hombres ansiosos de luchar, anhelando apasionadamente defenderle, se dominó con voluntad de hierro, y sólo le guió la seguridad pública, la pública paz.

Nunca fué más grande, más noble que en aquel momento de su derrota, y bien mereció la corona de laurel colocada en su tumba por la Cámara de los Comunes, cuando por fin borró de sus protocolos, como contrario á la Constitución, cuantos acuerdos hubo tomado para su exclusión durante aquella prolongada

lucha. Esto es lo que en la libre Inglaterra se entiende por espíritu público; el sostenimiento de las luchas dentro de la Constitución, la lealtad al deber, el prevenir las escenas sangrientas, aun bajo la más grave afrenta personal, el soportar el sufrimiento uno mismo, sin mezclar á otros de que se es guardián y guía.

He hablado de Inglaterra porque necesito haceros ver cómo en tiempo de tirantez y de lucha se conduce el hombre de espíritu público, y de qué modo se desarrolló allí la libertad por el respeto á la Ley y no por su trastorno.

Se puede aprender otra lección por el estudio de la vida pública inglesa en el modo de ejercitarse allí los hombres en las obras locales y municipales, para luego laborar en la mayor área de la vida pública política. Ved la carrera de Mr. Joseph Chamberlain como un ejemplo de lo que digo. Mr. Chamberlain era un afamado fabricante de tornillos en Birminghan, que logró triunfar de esta industria sobre sus rivales en negocio. Se le eligió concejal y se dedicó en el Ayuntamiento con el mayor fervor al progreso de su ciudad; pronto se dió á conocer como un buen concejal y fué nombrado alcalde. Bajo su gestión, Birminghan llegó á ser una ciudad modelo en cuanto á administración y empresas municipales. La ciudad envió al Parlamento á Mr. Chamberlain; allí se hizo pronto notar y llegó á ser ministro. Los políticos jóvenes pudieran aprender bastante de él. Comiencen su labor por el progreso de su pueblo; cuiden de mejorar y vigilar su pavimento, su alcantarillado, su alumbrado, su general confort y limpieza; aprendan á gobernar en pequeña escala y adiéstrense en las jefaturas de las políticas locales. Cuando hayan llegado á ser hábiles hombres de negocios, administradores capaces en las municipalidades, entonces lleven sus habilidades al servicio de la misma patria en áreas mayores. Convengo en que la obra es fatigosa y no atractiva; es una labor ingrata y dura. Pero es útil y es sólida, y esta labor adiestra y disciplina. Tenéis ya mucho poder en vuestras manos en los asuntos locales. Usadlo. En lugar de callar en la sala de juntas y quejaros luego fuera, haced, como concejales, obra útil á vuestro pueblo.

Hay muchos hijos de propietarios *zemindars* estudiando en nuestras escuelas y colegios; los gastos de su educación se pagan de los salarios de los campesinos. Pero, ¿qué saben esos mo-

zalbetes de la vida del labrador en la aldea, de sus dificultades, sus privaciones, su falta de conocimiento? ¿Está el propietario indio, que no administra bien su propio caudal, capacitado para ser un buen consejero de la administración de los fondos de una Nación? Los labradores, la población agrícola y jóvenes de la clase *zemindars* son vuestros propios hombres. Debiérais educarlos, enseñarlos. Los labriegos indos, sobre todo, son los hombres más dóciles y fáciles de guiar del mundo entero. Vemos terribles hambres. Pero si los *zemindars* cumplieran con su deber, habría pocas hambres.

Todo se deja al cuidado del Gobierno, y cuando llega el hambre, se hace un desesperado esfuerzo para salvar las vidas de los campesinos. Los *zemindars* deben impulsar, no sólo la agricultura y la irrigación general de los campos, sino cultivar la industria indígena aparte de la agricultura. La India necesita cerebros para elaborar planes, y corazones para hacer voluntarios sacrificios, con el fin de sacar de las garras del hambre á la población agrícola del campo. Esta obra no necesita del permiso gubernamental; para ello no se precisa cambio alguno en los políticos ni en las leyes. Pero ahí reside la escuela del aprendizaje político y el terreno del sacrificio voluntario.

Amigos míos, hermanos míos: si queréis tener lo que llamáis libertad política, é inevitablemente la tendréis, probad que sois dignos de ella, proponiéndoos el ideal de espíritu público y mostrándolo prácticamente en vuestras ciudades y distritos. Sea el bien común siempre anterior al vuestro propio y luchad por conseguirlo. No hay poder capaz de oponerse á un pueblo unido y lleno de espíritu público. Pero recordad siempre que en vuestras manos está la propia redención. Ningún Gobierno puede redimiros aunque os mire con simpatía; ningún orador os puede redimir por elocuente que sea. La libertad de una nación, la felicidad de un país ha de venir de los cerebros y corazones de su propio pueblo, y á menos que en ellos tengan su raíz, no hay posibilidad de que vivan. He vivido la mayor parte de mi vida entre estas cuestiones; pero no es tarea mía el tomar parte activa en vuestra vida pública. En primer término, no he nacido en vuestra raza, y la obra necesita ser hecha por los mismos indos. En segundo término, yo soy vieja y mi obra toca á su fin. Pero puedo seros útil, señalándoos los peligros y los engaños en que podéis incurrir, diciéndoos cómo han trabajado otros, y

añadiendo á vuestra experiencia, al presente tan limitada, el mayor conocimiento adquirido en una vida larga y variada. Puedo ayudar á la educación de los futuros políticos, los hombres de Estado del porvenir, los que han de ser ciudadanos de una India fuerte, próspera y libre. Vosotros tenéis que resolver los problemas nacionales; tenéis que construir la India, formar su destino.

¡Podéis vosotros, y miles como vosotros, jóvenes, empezar á sentir las fuertes pulsaciones de una vida nacional, aprovechar la experiencia de quienes os precedieron, aprender á pensar antes de hablar, y á escuchar y á entender antes de gritar! Tened amor á vuestro pueblo y ese espíritu que sabe sacrificarse, pero no sacrifica á los demás, y tened también el firme convencimiento de que las naciones han sido construídas por individuos dignos de tal tarea, y que ninguna gran nación ha nacido hasta que sus hijos la han hecho posible.

Annie BESANT.

Algo más sobre el número 1 : 7

ENTUSIASTAS de los juegos con los números, juegos que parecen tener, y tienen, mayor importancia de la que se les reconoce, puesto que en sí encierran leyes que aún no hemos comprendido, vamos á dar algunas otras curiosidades sobre el ciclo de la fracción periódica

$$\frac{1}{7} = 0,\ 142857\ 142857\ \ldots..$$

que el distinguido astrónomo espiritualista (no positivista) don Camilo Flammarion, y su colaborador el general Parmentier, han dejado sin consignar, quizá por olvido.

El ciclo 142857 es el término 9.° de la siguiente progresión aritmética:

$$\div\ 15873.31746.47619.63492.79365.95238.111111.126984.\underline{142857}$$

y esta progresión ofrece la particularidad de que sus términos,

multiplicados por la cifra 7, nos dan productos compuestos por seis cifras iguales. Así:

$$15873 \times 7 = 111111$$

que en este caso coincide con el término 7.° de dicha progresión. La cifra que se repite en estos productos indica el término que la dió origen. Ejemplos:

Término 3.°; $47619 \times 7 = 333333$
» 7.°; $111111 \times 7 = 777777$
» 9.°; $142857 \times 7 = 999999$

Este último producto es al que llegó el Sr. Flammarion en su nota sobre el número 7.

¿Á qué deben ese orden, aparentemente caprichoso, las cifras que forman los productos de 142857 por las seis primeras significativas? A simple vista nos lo revela la operación siguiente:

```
          142857
        × 326451
     -----------
          142857
         714285
        571428
       857142
      285714
     428571
     -----------
     46635810507
```

En esta multiplicación se presentan las cifras componentes de los productos parciales de modo que se corresponden en columna, y cada producto parcial empieza con la misma cifra que termina el precedente. Por tanto, este es el orden de dichos productos parciales, el cual se revela en el orden que están colocadas las seis primeras cifras en el número 326451.

He aquí otro misterio.

Tenemos, por tanto, otros tres números interesantes, cuales son:

1.° La razón 15873 de la progresión aritmética que, como hemos visto, da también origen al 142857.

2.° El factor 326451, formado con las seis primeras cifras, y que sirve para la multiplicación anteriormente expuesta; y

3.° El producto 46635810507.

Tres números que ofrecemos á la autorizada y competente consideración de los Sres. Flammarion, general Parmentier y nuestros amigos D. Arturo Soria y Roso de Luna.

Manuel TREVIÑO Y VILLA

Notas, Recortes y Noticias.

Ampliando la noticia que apareció en el número de Julio último sobre la misteriosa momia de la sacerdotisa Katebet, que formaba parte del cuerpo sacerdotal del templo de *Amen-Râ*, en Tebas, hemos de manifestar que es la correspondiente al número 6665 de la primera sala egipcia del Museo Británico (Caja P); que de ella se han sacado fotografías; que su cabeza y pecho están cubiertos con un hermoso cartonaje, donde se ve un perfecto retrato de la joven sacerdotisa, cuya cara tiene una expresión de dulzura y beatitud extraordinarias. Esta momia es posterior á la Dinastía XXII, próximamente unos 800 años antes de J. C.

Es un ejemplar interesantísimo, pues conserva perfecto el pectoral y el tocado, los anillos de cornerina sustentados en las falsas manos, su *uchabti* entre las rodillas y otros símbolos, talismanes y amuletos, todos en el lugar donde fueron colocados al vendar el *qes*.

M. T.

Las Islas Canarias y la Atlántida. La *Revue Scientifique* de Julio último da cuenta de un trabajo de los Sres. Pitard y Proust, sobre la flora de las Islas Canarias, muy interesante para la cuestión sobre la existencia de la Atlántida. Según dichos autores, las plantas *ubiquistas* son las más numerosas en el archipiélago; es decir, que su extensión es grande, constituyendo la mitad de las especies que se encuentran en la región del Medi-

*

terráneo. Pero, dejando esto aparte, los tipos endémicos, esto es, los especiales en las islas (variedades, especies ó géneros), aparecen muy abundantes. Llama poderosamente la atención el gran número de géneros endémicos, especiales de las Canarias, que es una de las regiones del globo donde este número es mayor, que no es superado más que en Santa Elena, Juan Fernández, las islas Sandwich y Nueva Zelandia. La presencia de tan gran número de géneros endémicos induce á admitir que el estado insular de las Canarias se remonta mucho en el pasado; y, para explicar estos hechos, parece lógico admitir que los tipos endémicos que se encuentran en todas las islas son también muy antiguos, y que existían en la superficie de una tierra que desapareció cuando el hundimiento de este continente. Las Azores, Madera, las Canarias y las islas de Cabo Verde deben haber formado parte de este continente; y, por último, como el número de endémicos es mucho más pequeño en las otras islas (1,7 en Madera, 1,10 en las Azores y 1,25 en las islas de Cabo Verde), se puede lógicamente suponer que la región más antigua de ese continente corresponde á las Islas Canarias.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

ORDEN DE SERVICIO

LIGA INTERNACIONAL DE LA UNIDAD

Esta Liga es de orden interno, porque no concierne más que á los M. S. T., y su carácter es exclusivamente moral. Tiene hoy su razón de ser, que se acrecentará más y más en lo porvenir, conforme la S. T. adquiera mayor desarrollo y sus Instructores aumenten en número.

No puede pedirse á nuestros Instructores que nos den una enseñanza uniforme, pues sus idiosincrasias, y sus diferentes desarrollos pueden ser muy distintos, y por consiguiente, han de ser también distintos sus métodos y su manera de instruir, y también diferentes los temas de sus enseñanzas. Considerad dos personas, la una de espíritu sintético y la otra de espíritu analítico, y colocarlas frente á un mismo paisaje, y las dos os

lo describirán de un modo diferente, y por tanto, las dos estarán en lo cierto. Lo mismo ocurre en los demás planos. Dos clarividentes que hayan seguido cada uno su línea particular de dasarrollo, os podrán dar explicaciones muy diferentes en la forma aunque idénticas en el fondo, pues las contradicciones no son más que aparentes, por lo general, para aquel que sólo ve el fondo de las cosas.

Hay muchas sendas que conducen al mismo fin, pero en realidad todas estas sendas no constituyen más que un solo camino. Nuestro punto de partida está en las tinieblas, y durante una gran parte de nuestra evolución marchamos rodeados de sombras, no viendo más que nuestro camino y creyéndonos separados de nuestros hermanos. Esta separación es ilusoria, pues llega un día en que todos nos encontramos en la luz.

Por consiguiente, estas contradicciones aparentes, estas diferencias en los métodos, no deben hacernos olvidar que perseguimos un mismo fin y la crítica no debe prevalecer entre ellas.

Si en la vida de la S. T. ocurren dificultades (provocadas por estos diferentes modos de ver), no se deben achacar á nuesnuestros Instructores, cuyo desarrollo les preserva del fanatismo, de la intolerancia y de esa estrechez de miras á las que nosotros, sus discípulos, nos entregamos desgraciadamente.

Á nosotros nos toca el procurar imitarlos esforzándonos por coger el lado profundo de las cosas y no su aspecto superficial, paralizando ese espíritu de crítica, que es una de las cizañas de nuestra Quinta Raza, y causa grave de desintegración en la Sociedad Teosófica, cuyo objeto obligatorio es la Fraternidad.

Una crítica extensa é imparcial de nuestros estudios no es un mal, pero la crítica de las personalidades sí es peligrosa porque desarrolla el antagonismo y hace surgir las exageraciones de todo género. Además puede alcanzar á aquellos que nosotros criticamos, ya entristeciéndolos ó debilitándolos, si es que son susceptibles de sentirlo; y por otra parte es á nosotros á quienes alcanzarán estos pensamientos, porque todo pensamiento malévolo recae sobre su creador si no encuentra respuesta en otro.

Esta Liga es una invocación á la tolerancia, á la simpatía hacia nuestros Instructores, y su objeto es el de facilitar su pesado trabajo y procurarnos una vez más la oportunidad de vivir y proceder como teosofistas. Si esta Liga encuentra un gran número de adhesiones sinceras, podrá crear una forma de

pensamiento potente y lleno de vitalidad, cuya presencia en la atmósfera mental neutralizará muchos fermentos nocivos y peligrosos.

R. B.

Las personas que deseen adherirse á la Liga Internacional de la Unidad, quedan obligadas á enviar todos los días un intenso pensamiento de respeto, simpatía y confianza á los Instructores de la S. T., esforzándose por verlos reunidos bajo un mismo pabellón. Además se comprometerán á leer todos los días, si les es posible, y si no todos los domingos sin falta, las reglas de la Liga, procurando penetrarse bien de su sentido.

I. Reconozco la identidad del objeto que persiguen nuestros Instructores, á pesar de la diferencia de sus enseñanzas y método. Yo los reuno con un pensamiento de respeto, de simpatía y de confianza.

II. En las páginas que lea ó en las palabras que escuche, me esforzaré en ver, no las aparentes contradicciones, sino los puntos de conformidad; *no aquello que divide, sino aquello que une.*

III. Si oigo criticar de alguno de nuestros Instructores, no asentiré en estas críticas y tendré especial cuidado de procurar que no se propalen. Igualmente evitaré toda comparación que se refiera al valor de la individualidad de estos Instructores ó á su grado de evolución.

IV. Debo recordar que la Teosofía, aun siendo un cuerpo de doctrinas, no nos impone la fe ciega, y que no encierra nuestro pensamiento en los estrechos límites de los dogmas, dejándonos, por el contrario, toda su independencia, é invocando nuestra intuición y nuestro discernimiento. Por tanto, no tengo derecho de decir á mi hermano: «La Teosofía que tú enseñas no es la verdadera Teosofía», pues debo decirle: «Nosotros buscamos las mismas verdades bajo aspectos diferentes.»

V. Quiero convencerme de que el camino que sigo no es ciertamente el mejor para mi hermano. Yo ignoro cuáles son las necesidades de mi hermano; sus aspiraciones no son, quizá, las mías. Yo le ayudaré mejor para que encuentre su camino procurando ver como él ve y sentir lo que él siente, y no juzgándole á través de mi propia atmósfera.

VI. Si considero como un deber mío el servir á la idea teo-

sófica fuera de la Sociedad y hacer propaganda juiciosa según los medios de que dispongo, de ningún modo debo separar á los M. S. T. del camino y del Instructor que han elegido, en provecho de aquel á quien yo sirvo. No emplearé mi influencia para atraer hacia mi Instructor los discípulos de otro, y dejaré á cada uno en completa libertad para su elección.

VII. No debo olvidar que una de mis misiones, como teósofo, es la de conducir conmigo por todas partes el simbólico ramo de olivo; de procurar allanar todas las dificultades que separen á mis hermanos; de ser un lazo de unión entre las opiniones más contradictorias, y procurar ser siempre un mensajero de benevolencia y conciliación. Por último, yo quiero practicar siempre aquella hermosa máxima del Maestro cristiano: «Felices aquellos que desean la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.»

Se ruega envíen las adhesiones á MLLE. A. BLECH, *21, avenue Montaigne, París.*

***

Nuestro querido amigo D. Julio Garrido ha empezado la traducción de los interesantes opúsculos, obra de Mr. A. Besant, titulados: *Eastern Castes and Western Classes; East and West; Education as the Basis of National Life* y *The Necessity for Religious Education.*

También nos avisa D. M. P. Alcorta, entusiasta colaborador y amigo, que está traduciendo *H. P. B. y su misión,* por Frantz Harttman.

Ha fallecido en Cabrils (Barcelona) nuestra querida hermana D.ª Concepción Ruiz, esposa del también distinguido hermano nuestro D. Francisco Jiménez García.

Con esta sensible pérdida nos vemos separados de un miembro más de la Rama de Madrid, á la que pertenecía D.ª Concepción desde que dejó de existir la Rama de Valencia. Su cooperación en la labor teosófica fué grande y valiosa á raíz de su ingreso en la Sociedad, el año 1893, y siempre estuvo moralmente á nuestro lado, aun cuando su salud la impedía tomar parte activa en nuestros trabajos.

La Paz y el Progreso espiritual sea con ella.

BIBLIOGRAFÍA

Salomón Reinach. — ORPHEUS: *Histoire générale des religions.* — 1 vol. 625 páginas. A. Picard. París; 1909.

El decano de los arqueólogos franceses ha pretendido resumir en este precioso volumen las religiones y su historia bajo el nombre de Orfeo, «ese hijo de Apolo y de una musa, poeta, músico, teólogo, mistagogo é intérprete autorizado de los dioses».

En este manual se satisface, en verdad, una necesidad de la cultura contemporánea que hasta el presente satisfacían, en parte, el *Manual de Historia de las Religiones*, de C. P. Ticle, ya clásico, y el *Chantepie*, de Saunaye. Pero Salomón Reinach, más atento, á lo que parece, á satisfacer al público en su curiosidad que en su verdadero amor á la cultura, con la pretensión y la esperanza de tener tantas lectoras como lectores, se ha impuesto cierta reserva, especialmente en la exposición de las religiones orientales, y ha escrito un *Manual ad usum Delfine* que recuerda las fisiologías humanas escritas por ciertas Ordenes religiosas.

«Los sacrificios que he tenido que hacer—dice—no son, por lo demás, muy sencillos, pero si la benevolencia del público responde á mis esfuerzos, publicaré cualquier día una edición más completa. Para uso de las mamás.»

No bastará eso. Salomón Reinach, que execra el fanatismo; que conoce como pocos la generación de esos odios nacidos al calor de las ideas religiosas, ha de rectificar algunos puntos de su obra en esa nueva edición, que ya esperan sus admiradores y cuantos aman esta suerte de estudios.

En la página 569, después de estudiar el misticismo, escribe así:

«Cuando los espiritistas dogmatizan, tienen la tendencia de mezclar las religiones existentes para elevarse á formas que creen superiores á ellas. El ejemplo más sorprendente de ese pueril sincretismo lo ha suministrado la secta llamada *teosófica* ú *ocultista*, fundada hacia 1875 en New-York, por el Coronel Olcott y Elena Blavatsky. Semejante secta pretende fundir en un cuerpo el buddhismo y el cristianismo, pero está constituída, en su mayor parte, por gentes para quienes son letra muerta los libros buddhistas (mais se compose generalement de gens pour qui les livres buddhiques sont lettre close). No anunciaré aquí á los propagadores de tal quimera.»

El sabio arqueólogo, cuando haga esa edición para las mamás, hará bien en hacerla extensiva para todos los padres, y esperamos que no llamará á la *Teosofía* una secta, que la distinguirá del *Ocultismo* y que, sin necesidad de

hacer el anuncio que nadie le ha pedido, reconocerá que no son letra muerta los libros buddhistas y los 15 000 manuscritos sanscritos, chinos, tibetanos, etcétera, que pueden leer y leen de corrido los bibliotecarios de Adyar, los pundits y los estudiantes que van á la India expresamente á ello.

Es muy de desear que aparezca esa edición para las personas mayores, porque con ésta se empequeñecen las mayores que la consultan, confiadas, no ya en la ciencia, sino en la seriedad y en el equilibrio que ha atestiguado hasta el presente el más fecundo é infatigable de los arqueólogos franceses.

R.

A. Vasseur. - *Cantos del otro Yo.*—1 vol. Baroja. San Sebastián, 1909.

Ocupándose de este originalísimo libro ha dicho Mourlane Michelena: «Vasseur es el fundador del futurismo. No os asustéis. Este futurismo no es de Marineti. El poeta, pues, no lanzará, de pie en la cima del mundo, un reto á las estrellas. Aún no está en el promontorio extremo de los siglos, ni supone que el tiempo y el espacio hayan muerto ayer. No, no: la doctrina es más viva y coherente. Su nombre de pila es auguralismo, y es anterior al futurismo de Gabriel Alomar, un bravo poeta mallorquín. Vasseur y Alomar han cantado el mismo anhelo. «¿No somos—pregunta Alomar con palabras que no recuerdo fielmente—los grandes poseídos, los que dialogan con los dioses cara á cara y reciben de ellos las grandes profecías?» Y más adelante: «Son hermanos nuestros los que, viviendo en sociedades hostiles, alzaron el estandarte de la luz y pronunciaron osadamente la palabra de vida entre el himno ensordecedor de la muerte y del mal».

A Vasseur y á Alomar les une la fe en los nuevos destinos, la convivencia con las generaciones del porvenir, la sed inextinta de los nuevos tiempos, la embriaguez gloriosa de justicia, el impulso prometéico de rebelión. Todo esto y algo más es, por otra parte, la doctrina del futurismo.

Los poetas menores de América y España pretenden que Vasseur es desorbitado y apocalíptico. Olvidan que en sus ratos de tregua ha burilado para su dama con tanta elegancia, por lo menos, como Ruben Darío, el verso azul y la canción profana. Le son familiares las sombras de los jardines galantes. Tiene su clavileño de crin de plata, y cabalga más de una noche en la dulzura del plenilunio. Pero tiene también su lanza magnánima de luz para derribar. Y hay que derribar tantas cosas, que no puede entretenerse demasiado tiempo en juegos de niños. Por lo demás, conoce á la Galatea de Góngora, guarda en funda de seda su violín de Otoño y ha rodado bajo las claras estrellas con Pierrot Margot y otros famosos mamarrachos.

El aliento futurista se desprende de todos los poemas grandes de Vasseur. Luego de leerlos nos sentimos reconfortados como en un baño de salud, de brío, de potencia. Nos aprestamos á la lucha, al dominio, á la victoria. Nos

embriaga el deseo de preeminencia, de triunfo, de conquista, ó, como exclamaría Zaratustra, nos tornamos despreocupados, burlones, violentos.

El arte es, ciertamente, la interpretación de la realidad mediante imágenes. Pues bien, yo no conozco otro poeta con tan profuso caudal de imágenes como Vasseur. Luego, ese soplo taumatúrgico de protesta que nos conturba y exalta.

Bastarían á Vasseur para quedar, su ímpetu, su libertad, su inoclasmo, su distinción y, sobre todo, su orgullo. El poeta ha cantado el orgullo «asilo de caídos y errabundos, crisos de estirpes y matriz de mundos».

* * *

Ahora el autor de estos *Cantos augurales y del Nuevo Mundo* se ha recogido temerosamente, austeraménte, para glosar motivos abstractos acerca de la vida y de la muerte y del más allá de los seres y las cosas. Se ha recogido al sentir que el tiempo, inexorable, marchita la carne y la fantasía. El mundo no era tan vasto como el poeta creyó. Ni los libros ni el arte nos remedian del todo este mal, un poco raro, del alma. Hay, pues, que revelar el alma. Pero unos pobres psicólogos han creado la idea falsa de razón y de voluntad. Vasseur ha pedido más de una vez la revisión de estos valores. Piensa, como Bergson, que las categorías de nuestro pensamiento no explican exactamente las cosas de la vida. En el prólogo de los *Cantos del otro Yo* advertiréis la familiaridad del poeta con los grandes filósofos enamorados de la crítica de la razón, Gurney, Podmore, Myers, Boutroux, Aksakoff, Wiliam James.....

«Embarcáos conmigo á media noche en busca de algo nuevo»—nos dice Vasseur—. Sus *Cantos del otro Yo* han nacido de esta tremenda congoja y de esta ansia fuerte, de ese algo nuevo. Son versos libres ó, aún mejor, prosas profanas. Prosas llenas de música, de misterio y de sombra.

Si buscas, lector, la clave del universo; si el éxodo de la muerte te ha sobrecogido alguna vez; si sabes algo de la vanidad de nuestros destinos; si has dialogado con las sombras—como Fausto ó como Hamlet, es lo mismo—lee estos *Cantos*, lee estos versos extraños en el silencio de la media noche y á solas en tu cuarto. Estos versos sin medida se miden con el tic-tac del corazón.»

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.